



CENTRO ASTURIANO
TORREVIEJA



Pregón de las
Fiestas de la Santina

Septiembre de 2016

Por:

Manuel Tévar Martínez



Saludos



Gracias, Inma, pregonera del pasado año por tus palabras de presentación, han sido muy amables.



Buenas noches, señoras y señores. Permítanme que salude a las autoridades que hoy nos acompañan: Sr. Alcalde, Manuel..., Sr. Presidente del Centro Asturiano de Torrevieja, Enrique..., Sr. Diputado Nacional, Joaquín..., miembros de la Corporación municipal y junta directiva de este centro, presidentes de entidades que nos acompañáis, y a los pregoneros de años anteriores que habéis decidido acompañarnos, mi agradecimiento.



Ahora sí, a vosotros los astures que hoy os encontráis aquí (permítidme que os llame así, ya que es como se llamaban los primeros asturianos, y vosotros, sois descendientes de ellos): gracias por vuestra asistencia y por darme la oportunidad de ser vuestro pregonero. Espero estar a la altura como vosotros merecéis.



gradecimientos y por qué acepté

Aor la gran amistad que me une a Enrique y Mari Tere y a su familia, cuando me llamó y me dijo: “Manolo, necesito ayuda”, ya estaba predispuesto a lo que me dijera; y cuando me dijo: “Pregón de las Fiestas de la Santina”, lo primero que se me vino a la mente fue: la Virgen, Covadonga y 300 hombres valientes. Y sin pensarlo más le dije: “Vale, Enrique, ya tienesregonero”. Fue fácil aceptar, pues el tema tomaba forma en mi cabeza mientras hablaba con él. Gracias, Enrique, por pensar en mí.

Para este pregón aquí, en Torreveja, jamás se me ocurriría hablarles de la Asturias reciente, porque he de confesar que aún Encarna y yo no hemos cumplido, por diferentes razones familiares, nuestra promesa de visitar vuestra tierra que tanto amáis, por lo que os pedimos perdón y renovamos nuestra promesa nuevamente. De todas formas, y como ya dijo Encarna en su pregón en el año 2009, “Asturias es fácil de conocer, no sólo por sus paisajes, que quedan en la memoria o fotografiados. Asturias es más, mucho más: Asturias es la gente, esa a la que ya conocemos porque os conocemos a vosotros”.

Quedo imaginar a los asturianos y asturianas de allí, que, como vosotros, saben dar la amistad, la sinceridad y sobre todo el amor por esa tierra, para mí desconocida, simplemente al oírlos hablar de los Concejos o de ese pique entre Oviedo y Gijón, sano, que marca la diferencia entre dos pueblos hermanos, me recuerda a Torreveja y La Mata, en mi caso con el corazón partido, ya que tengo de las dos partes. Otra cosa que me conquistó es vuestro españolismo, quizás debería decir patriotismo, pero desafortunadamente eso en España no significa lo que dice el diccionario.



pregón

Pero volviendo a lo que nos ocupa, he de indicar, antes de comenzar el pregón, que me gustan los superhéroes. No, no estoy hablando de Superman, Batman, o algún que otro producto cinematográfico, ni mucho menos. Mis superhéroes, los que marcaron mi infancia (sin duda por un buen maestro de segundo de Primaria, don Juan, que tuve en mi escuela son personajes de nuestra historia, hoy un poco olvidados: Viriato, el Cid Campeador, doña Isabel de Castilla, don Gonzalo Fernández el Gran Capitán, Ambrosio Espínola general de los Ejércitos de Flandes y, cómo no, el almirante Menéndez (por cierto, era de Avilés y en 1595 reconquistó la península de Florida, ahora de EE UU, a los franceses); y, como gesta heroica, los “Últimos de Filipinas”, 54 hombres que, después de más de un año de sitio en la iglesia de Baler, no se rindieron ni después de la guerra.


Pero hablando de gestas heroicas, el héroe al que siempre he dispensado una consideración especial, y Enrique lo sabe desde hace tiempo, no podría ser otro que don Pelayo y ese grupo de 300 asturianos que desafiaron a todo un imperio sarraceno que quería extenderse por toda la Europa cristiana. Los pararon en seco después de la derrota que sufrieron los cristianos y el propio don Pelayo, que luchó en la batalla de Guadalete. Por lo que entenderán que este sea el centro del pregón.





ero hablemos de este personaje.


on Pelayo


(Cangas de Onís † 737)

o se conoce la fecha exacta de su nacimiento, murió en Cangas de Onís en el 737.

ntre los misterios y leyendas sobre nuestro personaje se encuentra su procedencia. En las *Crónicas Rotenses* se dice que fue el último rey goda, hijo de don Favila, duque de Cantabria, y tanto él como su esposa, que era sobrina suya, Luz Vitular Fernández, eran parientes del rey Witiza, y ambos descendiente del rey Recaredo. En aquella época, el dux o duque de Cantabria administraba los territorios que comprendían la cordillera cantábrica, Asturias incluida.

a leyenda cuenta que el rey Witiza, contendiente de Favila y sabedor de que algún día el hijo de Favila podría ser un ascendiente al trono visigodo, pensó en eliminarlo. Así, sus padres, Favila y Luz, decidieron, a usanza bíblica, dejar al pequeño Pelayo en una cesta en el río, con un escrito en el que decía: «Vengo de una familia noble».

a suerte quiso que Teodofredo, padre de don Rodrigo, lo encontrara y lo llevara a su casa.

ue educado en su juventud junto a don Rodrigo. Fueron compañeros de armas. A la muerte del rey Witiza, nombran por aclamación a la forma visigoda a Rodrigo (alzándolo sobre su escudo) en contra del hijo de Witiza, que también quería ser rey. Pelayo, como jefe de los “espatanos”, apoya a Rodrigo. (Los “espatanos” venían a ser como la “guardia pretoriana” de los emperadores romanos, pero con los visigodos eran algo más ya que pertenecían a la nobleza y eran además de la guardia personal del rey, sus consejeros.)

Pelayo y Rodrigo luchan juntos en la batalla de Guadalete en Cádiz, contra las tropas del califato Omeya, que entraron en Hispania por Ceuta-Algeciras.

En esta batalla, nefasta para las tropas cristianas, muere don Rodrigo en julio del 711, al ser traicionado por los witizianos, encargados de las alas derecha e izquierda del ejército cristiano, dejando a don Rodrigo en el centro y en inferioridad numérica frente a los 10.000 bereberes, 2.000 árabes y 600 negros.

Incluso cuenta la leyenda que don Rodrigo le encomienda la custodia del tesoro visigodo a Pelayo antes de morir.

Según las crónicas musulmanas posteriores a la fecha, los cristianos, ante el avance de los musulmanes, se desplazan hacia Toledo, pero el general bereber Táriq ibn Ziyad continúa empujándolos y tienen que seguir huyendo, ya que las fuerzas enemigas eran muchas. Musulmanes del norte africano y de oriente desembarcaban en España animados por la victoria de Guadalete, y los cristianos se ven forzados a seguir huyendo al norte de la península, hacia la zona de los Pirineos y Cataluña, incluso pasaron al Rosellón. Pero Pelayo, con sus hombres, decide ir a su tierra; es algo que no podéis evitar los asturianos.

En esa zona abrupta de montañas se establece Pelayo y pasa un relativo periodo de paz bajo el yugo sarraceno del caudillo Mouza, establecido en Gijón.

Como curiosidad, en las crónicas árabes a Pelayo le llamaban "Belay" (asno salvaje). Debía de tener muchos... ataques de furia.

El gobernador Mouza no quiere luchar contra estos cristianos, ya que las condiciones debidas al terreno no le eran ventajosas. Prefiere realizar una alianza con los astures y planea casarse con la hermana de Pelayo, Adosinda, cosa que Pelayo, como cristiano, no podía consentir.

Lneluso es apresado y enviado a Córdoba en el 718, pero logra escapar y regresa a Cangas de Onís. Esa fue la gota que derramó el vaso, que ya estaba bastante lleno con los tributos, el jaray y el yizia, que les obligaban pagar a todos los astures infieles por mantenerse en paz.

De hecho, estando Pelayo en Cangas, es apoyado por los sobresalientes astures y nombrado rey, con un ejército de 300 soldados. Como los legendarios "300 espartanos" que mantuvieron a las tropas del caudillo persa Jerjes en el paso de las Termópilas, hasta que llegó el grueso del ejército griego.

Los 300 espartanos son una leyenda de cómic, pero lo que sí está claro es que los 300 astures, y a la cabeza su rey Pelayo, son un hecho histórico.

Este era el famoso ejército según las crónicas musulmanas con el que contaba Pelayo, "los 300", frente a la tropa del gobernador Mouza, que se cifraba tanto en las crónicas cristianas como en las sarracenas con más de 10.000 soldados profesionales.

El gobernador Mouza manda a su general Al Qama a combatir y aniquilar a Pelayo, que estaba en Piloña. Este huye y se refugia en el monte Nuseva, en el valle de Cangas, con sus 300, y ahí en Covadonga se hizo fuerte y aniquiló a las tropas de Al Qama.

Hagamos un alto. Imaginemos por un instante aquel día...

Pra temprano, aún no había salido el sol, hacía frío para estar en mayo, frío que congelaba las espadas de los hombres de Pelayo, haciendo imposible sacarlas de su biricú.

Habían pasado la noche en vela, se escuchaba el ajetreo del enemigo, ruidos, voces... que subían hasta la cueva.

Cuando las primeras luces dejaron ver el angosto valle, el paisaje era escalofriante: los sarracenos habían instalado su campamento a lo largo de todo el valle, con innumerables tiendas, máquinas de guerra, animales e incontables soldados.

Pelayo reunió a sus hombres y rezaron junto al ermitaño que vivía en la cueva y daba culto a la pequeña imagen de la Señora que allí se encontraba, como hacen los soldados antes de la batalla.

Estaban en comunión cuando se escuchó una voz que decía: «Pelayo, Pelayo, ¿dónde estás?».

Pelayo salió al borde de la cueva. Sobre un montículo cercano, estaba el obispo don Oppas, comprado por los musulmanes y familiar de los enemigos de Pelayo, los Witiza.

«Aquí estoy», respondió Pelayo.

Oppas habló: «Juzgo, hermano e hijo, que no se te oculta cómo hace poco se hallaba toda España unida bajo el gobierno de los godos y brillaba más que los otros países por su doctrina y ciencia, y que, sin embargo, reunido todo el ejército de los godos, no pudo sostener el ímpetu de los ismaelitas, ¿podrás tú defenderte en la cima de este monte? Me parece difícil. Escucha mi consejo: vuelve a tu acuerdo, gozarás de muchos bienes y disfrutarás de la amistad de los caldeos».

Al oír esto, sus hombres se quedaron atónitos:

No podía ser: el obispo don Oppas, hijo del rey Witiza, pidiendo que se rindieran, que sucumbieran a los musulmanes.

Pelayo tomó aire y gritó: «¿No leíste en las Sagradas Escrituras que la iglesia del Señor llegará a ser como el grano de la mostaza y de nuevo crecerá por la misericordia de Dios?».

Hubo un silencio... y el obispo, avergonzado y sin palabras, contestó: «Verdaderamente, así está escrito».

Delayo insistió: «Tenemos por abogado cerca del Padre a Nuestro Señor Jesucristo, y a la Santísima Virgen María que puede librarnos de estos paganos».

Oio por terminada la conversación marchando hacia el interior de la cueva.

Junto a sus hombres, evaluó las posibilidades de victoria que tenían. Es cierto que jugaban con ventaja, ya que para acceder a la cueva desde el valle sólo había un paso angosto, pero estaba cubierto por sólo trescientos valerosos hombres contra un ejército profesional.

Se veía complicado poder resistir a aquella magnífica fuerza, sólo un milagro podría salvarlos, y a Ella, la pequeña imagen de la Virgen María, se encomendaron... De Ella recibieron el valor...

Se postraron a sus pies y rezaron con total devoción, mientras el general Al Qama, al mando de ese numeroso ejército llegado de Toledo y con las tropas que ya existían en Gijón, mandó comenzar el combate.

Sonaron los tambores bereberes con el ritmo pausado que se acelera cuando se aproxima la confrontación. Se prepararon arqueros y hondaeros, situados en lugares estratégicos, así como fundíbulos y catapultas, construyeron escaleras y afilaron las cimitarras.

A pesar del ambiente frío, estos trescientos valientes apenas notaban el aire casi helado, era mucho lo que se jugaban. Cerca del mediodía brillaban las espadas y se encrespaban las lanzas moras, mientras los astures esperaban agazapados.

A la señal de Al Qama comenzó el ataque. Los tambores sonaban ahora más fuerte, con más ritmo, las piedras salían despedidas de las catapultas, los arqueros disparaban incesantemente saetas negras que oscurecían el cielo y los honderos lanzaban los guijarros con una velocidad de espanto.

Pelayo y sus hombres esperaban, se encomendaban a la Santina y al Hijo que lleva en sus brazos y recibieron ese silencio que se escucha cuando en esos momentos te sientes reconfortado, a pesar de los tambores y los gritos de los musulmanes. Era esa fuerza la paz que reciben los soldados cuando entran en combate convencidos de que es su deber rendir hasta la última gota de su sangre.

Cuando comenzó el combate, las piedras lanzadas por las catapultas se volvían contra los sarracenos, eran incapaces de poder llegar a la cueva; es más, caían sobre ellos arrastrando a otras piedras de la montaña, al igual que los guijarros lanzados por los honderos, que arrancaban piedras más grandes de las paredes del valle. Las flechas caían con inusitada fuerza, pero en sentido contrario, matando a muchos de los soldados que esperaban al pie de la cueva para proceder al asalto.

Vllegó la noche y desde lo alto de la cueva los 300 veían las fogatas del campamento bereber, se oían los quejidos de los heridos. En cambio, ellos habían sido protegidos por la Señora y no tenían bajas.

A la mañana siguiente, el general Al Qama enmendó todas sus máquinas de guerra, pero poco podía hacer en ese angosto valle, y comenzó el ataque. Esta vez todas las tropas atacarían al unísono. Al Qama mandaba la fuerza de asalto. Pelayo y sus astures se encomendaron nuevamente a la Santina y recibieron el mismo don.

Al Qama, al frente de la infantería, escaló la ladera para acceder a la cueva, y al llegar encontró a Pelayo, con acero, valor, sangre y muerte, que espada en mano los iba rechazando. Al Qama cayó muerto en valiente combate a manos de Pelayo.

Desde lo alto de la cueva se desplomó el general sarraceno. Se paralizó el combate por la impresión que recibieron los musulmanes. Pasaron unos segundos que se hicieron eternos, las tropas sin su jefe se encontraron perdidas. Les caían las piedras que eran lanzadas por los astures y las suyas propias, los arqueros corrían desde el cerro hacia el valle, arrastrando todo a su paso. Los servidores de las catapultas, horrorizados por la escapada de los arqueros, se unieron a ellos en el angosto paso, y por último la infantería huyó, precipitándose muchos soldados por la pared cortada y pereciendo en su caída. Al final, huía derrotado el formidable ejército musulmán.

En su huida, relatan las crónicas de Alfonso III, «ni estos escaparon a la venganza del Señor; cuando los ismaelitas atravesaban por la cima del monte que está a orillas del río Deva, se cumplió el juicio del Señor: el monte, desgajándose de sus cimientos, arrojó al río a los caldeos y los aplastó a todos».

Eso envalentonó a Pelayo y sus astures, que salieron valle abajo combatiendo a los que encontraban a su paso.

La victoria de Covadonga, que como todos sabéis significa la cueva de la Señora (Cova Domina), llegó a oídos de los habitantes del lugar, que to-

maron las armas y combatieron junto con Pelayo a los que huían, llegando hasta Gijón, donde dieron muerte a Mouza en su palacio.

Aquellos irreductibles astures cumplieron haciendo bien su trabajo. Don Pelayo amplió su territorio y consiguió expulsar a los musulmanes de la ciudad de León. Aquello fue el germen, el principio del Reino Asturiano y de la España que conocemos.

Desde Cangas de Onís, Belay como le llamaban los musulmanes, permaneció durante muchos años luchando. Era incansable. Acudía a todos los frentes, estaba en primera línea junto a sus hombres, era frenético y no pudieron matarle, ya que se decía que estaba bajo la protección de la Santina.

La batalla de Covadonga fue el punto de partida de nuestra España, como algo distinto de la Hispania de los romanos o de la Hispania de los visigodos. El punto de partida de una España llamada además a desbordar los mismos límites peninsulares de las Hispanias antiguas, para extenderse por todo el mundo, y dar lugar al español, como «lengua del Imperio», y todo lo que ella envuelve.

Una España en la que, en nuestros días, muchos de sus habitantes reniegan de su historia y del valor de la religión. Pero en ese lugar, en esa cueva, hay una imagen de la Santísima Virgen María, que según el conocimiento popular custodiaba un ermitaño, y que fue la que infundió el coraje a esos 300 valerosos caballeros para rechazar una esclavitud que nos imponían.

Quiero terminar este relato con la quinta estrofa del himno a la Santina

Estrofa IV

Virgen de Covadonga, Virgen gloriosa,
flor del cielo que aromas nuestra montaña,
tú eres la más amante, la más hermosa,
Reina de los que triunfan, Reina de España.
Nuestros padres sus ojos a ti volvieron
y una patria en tus ojos adivinaron,
con tu nombre en sus labios por ti lucharon,
con tu amor en las almas por ti vencieron.

Hasta aquí las crónicas antiguas.

Qste es el final de esa mitad leyenda mitad historia, con esos héroes de mi infancia. Pero ustedes dirán que esto no es un pregón a la usanza. Me perdonarán si por deformación profesional he dado una clase de historia. Quizás muchos de ustedes ya la conocían. Seguramente algunos podrán pensar que se han cometido a lo largo de ella incorrecciones; es posible, la tradición oral transmitida por los asturianos nos lo relata. Pero ¿piensan ustedes que pudo ser así?

Vo quiero creer que mi superhéroe fue así.

Sé, como cualquier asturiano, que semejante gesta no habría tenido el éxito que narra la historia sin la intercesión de la Virgen de Covadonga. Todo comenzó en una cueva. En estas fechas, cada asturiano, cada español, ha de saber que fue Ella, a través de la mano de 300 asturianos, la que nos ha traído hasta aquí. Hoy, 1294 años después, somos lo que somos por eso. Y es de justicia honrar a aquellos valientes y a la Madre de todos, nuestra Virgen de Covadonga.

Hoy, la pequeña imagen que estaba en la cueva hace más de trece siglos, está en cada rincón de vuestros corazones. Allá donde vosotros estéis, estará Ella en su cueva, ya que vosotros sois los guardianes de España y su fe. Hoy la Covadonga esta aquí, con nosotros, y con Ella.

Celebremos su fiesta con el orgullo de estar junto a nuestra Madre.

¡Viva la Santina!
¡Viva Asturias!
¡Viva España!

De dicho.

Manuel **C**évar **M**artínez
En Torreveja a 10 de septiembre de 2016.

Bibliografía

EL OFFICIUM PALATINUM VISIGODO. ENTORNO REGIO Y PODER ARISTOCRÁTICO.
Por AMANCIO ISLA FREZ Universidad Rovira i Virgili.

Crónica Rotense, 8. Fernández Conde, F. J., Las raíces de la Reconquista. Covadonga. —
Historia de Asturias. (La Nueva España) .

García Villada, S. I., Zacarías (1918). Textos Latinos de la Edad Media Española - Crónica
de Alfonso III. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios e Investigadores Científicas -
Centro de Estudios Históricos.

Valle Poo, Francisco (2000). El solar de un Viejo Reino (Cangas de Onís-Covadonga-
Picos de Europa) Ediciones Nobel S. A.

Hispania. Revista Española de Historia. <http://hispania.revistas.csic.es/index.php/hispania>.

Y otros más.

Currículum

Manuel Tévar Martínez, natural de Torrevieja, aunque emigrado a Alicante en la década de los 60, retornó a Torrevieja en el año 1976 para ejercer su profesión de profesor técnico de Formación Profesional por un periodo de 40 años. Hasta su jubilación en el pasado año, impartió clases de electricidad ininterrumpidamente en el instituto Las Lagunas de Torrevieja. Además, ha impartido diferentes ponencias sobre reglamentación eléctrica y ha participado en la elaboración de currículos de módulos profesionales de la nueva Formación Profesional con el M. E. C.

Está casado con Encarna Hernández, pregonera de este Centro Asturiano en el año 2009, tiene dos hijas y un nieto que es la alegría de su vida.

Es radioaficionado desde 1980 con indicativo de llamada EA 5 CAD.

Ha participado activamente en la vida social de Torrevieja desde su retorno, formando parte de la fundación del Radio Club Salinas de Torrevieja, del cual fue secretario.

Fue uno de los fundadores de la televisión local, por lo que recogió el premio Diego Ramírez Pastor en calidad de presidente en el año 1986.

Colaboró con Cruz Roja hasta su desmilitarización como oficial jefe del destacamento militar de Torrevieja.

Posee la Medalla de Bronce de Cooperación de la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, también la Medalla al Mérito de Protección Civil en su categoría de oro con distintivo azul por los actos realizados en las inundaciones habidas en Alicante y Murcia en el año 1982. En la actualidad es miembro de la Red Radio de Emergencia de P. Civil. de Alicante.

Fue uno de los tres fundadores de la Cofradía de Nuestra Señora de la Esperanza y de la Paz de Torrevieja con el cargo de vicepresidente. Por último, y no menos importante, fue fundador junto a su esposa y dos amigos más de la Asociación Cultural Ars Creatio, de la cual ha sido presidente durante once años, siendo en la actualidad vocal de la junta directiva.